

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Félix Limendoux.)



— Cuando empuña la pluma
tiene alientos y bríos,
es autor, novelista,
y revistero y crítico...

Y á más, tiene la suerte
que envidian sus amigos
de que le crean todos
eternamente niño.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—Lluvia de estrellas, por Juan Pérez Zúñiga.—La emoción, por F. Serrano de la Pedrosa.—Después del baile, por Alberto M. Lozano.—Mal vencido, por Luis de Atarés.—Fatiga, por Clara.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Marranos, por Eduardo de Palacio.—S. M. el Retraído, por E. Navarro González.—De buena familia, por Luis González Gil.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Grabados: Instantáneas: Félix Limendoux.—Esperanza.—El partido de fútbol (cuatro viñetas).—Entre bastidores.—Los últimos descubrimientos, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Lo de la luz eléctrica ya va picando en historia.

Cuando se cree uno más alumbrado, fúndense los cables, tórnanse pálidas las bombillas y desaparece la luz como por encanto.

Ya no puede uno fiarse de las conquistas del siglo XIX, y todo hombre previsor, cuando va a divertirse, lleva una linterna de bolsillo por si se queda á oscuras el teatro. Cada lunes y cada martes se apaga la luz inopinadamente y tienen que huir desparvoridos los espectadores.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?—pregunta asustada una espectadora del anfiteatro al verse sumida en las tinieblas.

—Tranquílese usted, Laura—le dice un joven aspirante á su amor.—Esta es una oscuridad interina.

—Niña—interrumpe la mamá,—apártate de ese joven todo lo posible.

—Soy un hombre de honor, señora.

—No lo dudo; pero hoy la juventud es muy strevida y la sombra mala consejera.

Estas oscuridades súbitas dan ocasión á que se intranquilen muchas mamás y á que ocurran escenas deplorables en los pañillos.

Cuando los espectadores salían la otra noche del teatro de la Comedia eran tan grandes las aperturas, que D. Bonifacio, el respetable senador del reino, vióse obligado á arrimarse á la pared para que no le estropearan los juanetes. De pronto sintió que una mano áspera y carnosa se posaba en su mejilla.

—Vida mía, ¿me amas?—oyó preguntar á su oído.

Y la mano aquella acarició dulcemente la barba de D. Bonifacio.

A causa de la oscuridad le habían confundido con la niña de una pupilera que va todas las noches á la segunda fila del anfiteatro segundo y es novia por derecho propio de un chico estudiante de veterinaria.

En otros establecimientos públicos ocurrieron también equivocaciones graves.

—¿Hace daño?—preguntaba el oficial de una peluquería á un parroquiano de mal talante que se entrega al sacrificio todos los miércoles con verdadera desesperación.

El parroquiano, según su costumbre, no respondía palabra, porque á él los peluqueros le «revientan», según dice, marcando mucho la erres.

De pronto la peluquería queda envuelta en la penumbra y el oficial sigue afeitando con ardor, porque es chico que con la navaja en la mano se abstrae y no nota nada de lo que ocurre en el establecimiento.

—¿Adónde va usted?—gritó furioso el parroquiano, cogiendo al oficial por la manga de la blusa.

Pero ya no era tiempo. La navaja le había afeitado una ceja, y entonces el parroquiano comenzó á jurar y á perseguir á tientas á su verdugo, hasta que llegó la peluquera con una luz y puso paz en los ánimos.

En casa de Conchita Cerrojillo hubo baile, lectura de poesías amenas y solo de violín por el hijo de una portera de la calle de Jacometrezo, alumno del Conservatorio, de edad de cinco años y tres meses, según dice la madre; pero no hay que creerla, pues á juzgar por las arrugas del rostro, el niño debe tener lo menos cuarenta y siete años; pero está sin desarrollar y tuvo que subirse sobre un banco para darse á conocer como violinista.

Como tocar, toca lo mismo que cualquier sobresistente de obras públicas; pero es lo que decían los tertulianos de Conchita:

—Para la edad que tiene, no se puede pedir más. Es una monada.

Tocó una fantasía morisca, ó de Bocoña, y un minué que en sus manos parecía algo así como el himno de Riego.

Para obsequiarle le trajeron unos polvorones de los baratos y un encurrucho de caramelos y confites; pero él vió en el comedor una botella de ans escarchado, y se tiró al aguardiente.

Conchita pasó una noche deliciosa. ¡Qué de halagos! ¡Qué de obsequios! Uno le regaló unos pendientes de doublé fino figurando dos cabezas de perro; otro una caja de yemas; otro un frasquito de extracto de magnolia del desierto, y otro... ¡ah! otro, es decir, el mortal afortunado que obtiene los favores de Conchita y se llama Heliodoro, le regaló un retrato en busto con la siguiente dedicación:

ó Chichita

na

Helí.

Si no existiesen estas expansiones íntimas no podríamos vivir las personas impresionables, porque fuera de ciertos placeres del hogar el mundo es un semillero de penas.

Hoy, porque necesitamos dinero y no lo tenemos; mañana, porque nos silban una pieza; al día siguiente, porque nos engaña la novia; al otro, porque destituyen á Weyerler... ¡Qué cúmulo de desdichas!

Y gracias á que en Madrid hay medios de contrarrestar las adversidades del hado.

Se va usted, por ejemplo, al Teatro Cómico, y entre Matilde Rodríguez, Josefina Álvarez, Rubio y Manso le distraen y le regocijan durante cuatro horas, haciendo sainetes graciosísimos, verbigracia el de Sinesio Delgado estrenado el martes último y que lleva por título *La vacante de Cañete*.

Si no fuera por estas compensaciones que nos proporcionan los poetas y los artistas, sabe Dios dónde estaríamos á estas horas la mitad de los españoles.

Luis Taboada.

Lluvia de estrellas.

Madrid doce de Noviembre.

Mi querida prima Estrella:

Ayer he teido el gusto

de ver una carta atenta

en la cual tú y Estrellita,

tu sobrina retrechera,

me anunciáis que un día de éstos

y coincidiendo con cierta

lluvia de estrellas fugaces

que va á haber según la prensa

(si es que el tiempo lo permite

y no se opone Aguilera),

vais á venir á la corte

desde Valdezapateta,

para pasar unos días

allanando mi vivienda.

¡Con cuánto interés me tiene

la lluvia que se *proyecta!*

Ya he mandado esta mañana

mi paraguas á la tienda

para que allí me lo forren

de acero, porque la seda

no aguenta ni un lucorillo,

or poco peso que tenga.

He ordenado seriamente

que mis nenes y mis nenaz

desde que empiece la lluvia

se estén en sus madrigueras,

para evitar que algún astro

llovizno de ida y vuelta

les aplaste los sombreros

ó les rompa la cabeza.

También le he dicho al teniente

de infantería Juan Berza

que saque al fresco sus mangas

á ver si le caen estrellas.

Y cuando estoy esperando

que la lluvia me encuentre

recibo el ingrato anuncio

de vuestro viaje á mi tierra!

Vais á hacerme el mismo efecto

que si un pisotón me cieran,

porque voy á recibirlos

y voy á ver las *estrellas*.

¡Acaso pensáis que tengo

las propias! Ni una peseta.

Soy una estrella de rabe,

que si brilla es por modesta.

Conque, Estrellitas fugaces,
mejor es que os estéis quietas.
¡No, no lloréis en mi casa!
¡Yo iré á estrellarme á la vuestra!

Sin más por hoy, os saluda
con todo afecto y os besa
rendidamente los picos

Juan Pérez Zúñiga... etcétera.

ESPERANZAS



—Bien mirado, es conveniente que se conceda la autonomía á las colonias; porque después vendrá la de las regiones, y luego la de los distritos, y por último, la de los barrios. Y así podremos ser diputados y senadores todos los que hemos nacido para ello.

La emoción.

Ya se sabe, siempre sobreviene en el momento en que no quiere uno estar emocionado.

Basta que sea necesaria la sangre fría y que sin ella nos amenace un peligro, para que la sangre rompa á hervir y se nos ofusque la vista y nos precipitemos, y en vez de poner las banderillas al cuarteo, se las pongamos á otro cuarteo.

Y no vale luchar con la emoción.

Yo recuerdo que, siendo chico, lo cual no quiere decir que ahora sea chica, sino que tengo veinticinco años más, me horrorizaba la idea de emocionarme y me despreciaba á mí mismo porque en un examen lucidísimo que hice en el salón de actos públicos del Instituto, y ante un tribunal presidido por el director, rompí á llorar estrepitosamente y humedecí por completo la epístola de Horacio.

Decidido á concluir con aquella propensión ridícula, pensé que, después de la de Horacio, las epístolas que más me emocionaban eran las amorosas.

Se entiende que el momento terrible era el de entregarlas, porque había que saludar á la niña cuando pasaba con sus amiguitas, entregarle el documento y saludar de nuevo para marcharse.

Por fortuna, no había que hablar más palabra. Si la chica se negaba á tomar la carta, daba uno media vuelta y se ponía muy colorado.

Bueno; pues allá voy yo con mi carta en un bolsillo de los faldones del chaqué y muy seguro de no emocionarme, porque la niña en cuestión, aunque bonitísima, no era *mi pasión*, y, por consiguiente, todo me importaba poco.

¡Qué rabia debía de sentir Venus al verme adelantar con paso seguro hacia la niña, lo mismo que si ésta hubiera sido mi tía carnal!

Ello es que, por desafiar así la cólera de los dioses, me sucedió que, después de pronunciar tranquilamente el nombre de la chica, eché ambas manos á los faldones del chaqué, y lo mismo hubiera sido echar ocho ó diez manos, porque la carta se me había caído, y yo me quedé busca que te buscarás en un sitio que no es el más adecuado para las epístolas amorosas.

Por eso digo que no vale luchar con la emoción; es preferible entregarse á ella, aunque al salir á escena para dar las gracias al público en un estreno se nos olvide soltar la mano del carpintero que nos da la enhorabuena en aquel momento, y aunque en mitad de un discurso pronunciado en el Congreso se nos escape una de esas palabras energéticas que las señoras de las tribunas serían las primeras en celebrar.

El mejor remedio contra las torpezas de la emoción consiste en aumentarlas; y lo que debe hacer el que, por obsequiar á una señora de la mesa, vierte una copa de agua, es decir en seguida: «Esto es hecho!», derribar seis copas más, disparar un tiro al aire y meterle al vecino de la derecha la cara en el plato.

Podrá haber desafío; pero bromitas, ¡quí!.

Y siempre es mejor quedarse en el sitio que quedar en ridículo.

Aparte de que se puede alegar que es uno loco por momentos, y que cuando le da el accidente no le repite ya en un mes; con lo cual todo el mundo se tranquiliza, y hasta el vecino se contenta con decir:

—Hombre, podía usted haberlo advertido.

Y se va á lavarse la cara, que todavía gotea salsa de almendra.

Pero si resueltamente no quieren ustedes cometer torpeza ninguna á causa de la emoción, lo mejor es, sin duda, no casarse.

No sé qué diablos tiene el casamiento, que la boda, más que fiesta de familia, parece comedia hecha por aficionados.

Aficionados á equivocarse, por supuesto.

En la última á que asistí fué tanta la atención que puse en las acciones y palabras del novio, con la sana esperanza de que hiciese ó dijese una majadería, que me eché encima una jicara de chocolate con roseón y todo.

Una levita nueva: *non li dico altro*.

Por supuesto que me salí con la mña; no con mi levita, sino con la torpeza del novio.

Porque diciéndole un convidado en un momento de silencio general:

—Está usted taciturno; diga usted algo, hombre.

Contestó el novio con la mayor naturalidad:

—¿Qué quiere usted que diga, *Pleple?*

F. Serrano de la Pedrosa.

DESPUÉS DEL BAILE...

I

¡Seré tuya, me dijo, sólo tuya!
¡Quiero que te convenzas
de que hace mucho tiempo que te adoro,
sía que tú lo sospechas, con vehemencia,
con ese loco afán que siente un alma
que ama por vez primera!
Se arrancó el antifaz, abrí los brazos
y en ellos se arrojó nerviosa y trémula...

II

Sabes que al baile fui sólo por verte,
porque te quiero mucho; considera
si alguno me conoce y se lo escribe
á mi pobre marido, que en la guerra
por el honor de nuestra patria lucha
y el suyo no hallará cuando aquí vuelva!
Me separé con asco
de la mujer aquella,
y por primera vez sentí en mi vida
dentro del corazón miedo y vergüenza.

III

Después he conocido que fui torpe,
porque la dama caprichosa y bella
no era tal dama, ni era caprichosa,
ni casada siquiera.
Cuando la he vuelto á ver, ya se lo he dicho:
¡Con eso no se juega!

Alberto M. Lizano.

El partido disuelto.



—¿Han oído ustedes algo? Dicen que Gálvez Holguín se separa de Romero Robledo y forma rancho aparte...
 —Pues mire usted; esa podría ser una solución para los que no sabemos a qué carta quedarnos.



—La bandera del partido conservador la tenemos intacta e incólume nosotros... ¿Quiénes seremos nosotros?



—Yo decididamente me marcho con Silvela.
 —Buena, pero ¿cuál es vuestro credo?
 —Pues ése... que creemos que nos llamarán al poder en cuanto caigan los liberales.



—Aunque nos quedemos aislados Elduayen y yo, ¿a mí que me importa? ¡Siempre resultará que somos los primeros accionistas del Banco!

Mal vencido.

I

Vendrá... Pues ya lo creo...
Al acceder á la amorosa cita
brilló ayer en sus ojos el deseo
que al absurdo más grande precipita.
Vendrá para entregarme la hermosa
que perseguí con el afán ardiente
de un amor que al crecer se hizo locura
y que, llegado al fin de su paciencia,
mira con frialdad indiferente
cómo muere á su lado la conciencia.
Porque, esto sí... es en vano
que yo procure disculpar mi falta...
Rompiendo el dique del respeto humano,
mi arrogante pasión por todo salta...
Ante el mal que ha de hacer sus ojos cierra;
nadie la aplaca ni por nada huye.
¿Tropieza en la virtud?... Pues la destruye.
¿Ve delante un hogar?... Pues le echa á tierra.
Y así, adelante en su continuo empeño,
va rodando hacia el fondo del abismo,
sin más afán que realizar su sueño
ni más inspiración que su egoísmo.

II

Y... según me han contado,
él es un hombre honrado
que adora á su mujer de tal manera
que hoy, á pesar del tiempo que ha pasado
desde que la besó por vez primera,
sigue en la red de sus encantos preso,
y con anhelo que en delirio toca,
cuando ella por costumbre le da un beso,
se estremece al contacto de su boca.
Y... ¿es feliz? De seguro...
Encerrado en la fe que ella le inspira,
no ve en sus ojos, si á sus ojos mira,
un resplandor febril, torpe é impuro.
Y, al oprimirla con abrazo estrecho,
el infeliz no advierte
la pérfida traición que está en acecho
disponiéndose á dar golpe de muerte.

III

No sé... pero pensando en el marido,
sin darme cuenta, á la mujer olvido;
y al advertir el daño
que á otro ha de producirle mi ventura,
de esa mujer traidora la hermosura
disminuye á mis ojos de tamaño.
Y es que, al oír la fúnebre querrela
de un alma sin alientos que me implora,
lo que nunca pensé lo pienso ahora.
¡Qué horrible debe ser pasar sobre ella!

IV

Nada... Me voy... No quiero
placer que es tan amargo... No la espero.
Fuego era ayer mi amor, y hoy me da frío,
porque siento, al mirarme tan malvado,
una especie de hastio anticipado,
que es la forma más dura del hastio.
Hoy la tentación de su presencia...
Vamos fuera...
¡Vencid! ¡Siento una calma!...
¿Qué me importan sus besos, si en el alma,
no sé quién, acaricia mi conciencia!

Luis de Andoena.

ENTRE BASTIDORES



—Para vencer el despego
dicen que el amor es ciego,
ofrecen vida, fortuna
y honor... ¡y concluyen luego
por comerla el sueldo á una!

PALIQUE

Yo no sé si será porque soy un humilde provinciano, pero á mí no me gusta que se silbe en los teatros.

Evitemos anfibologías. No niego el derecho del público á rechazar las comedias que no le gustan, aunque sea en la forma, menos delicada que tradicional, de la silba. Lo que deseo es que no silben los actores (siquiera sea haciéndose justicia, muchas veces) como quien hace una gracia.—Pues sí señor, silban. He visto en un teatro, muy simpático, por lo demás, una zarzuelita en que hay un coro de silbidos.

¡Señoras, que hay señoras delante! Bueno que despreciemos el verso, aunque sea de Calderón ó de Quevedo; que exijamos que el arte nos le den cantado y no rezado, ¡corriente! ¡Viva la zarzuela! Pero, si ahora vamos á sustituir la música por el silbido, ¿dónde iremos á parar?

Me explico que se rechace el teatro de ideas; pero entre las ideas y los silbidos ¿no habrá un término medio?

*
*

Pero no en todas partes silban.
En muchos teatros cantan que se las pelan.
¡Cuánta música nacional, magüer que á veces ratonera.
¡El chulo, la chula, los chulos!
¡El rata, la rata, los ratas!
¡El golfo, la golfa, los golfos!

Aquí un tenor de muchas esperanzas le da coces en la barriga á una señorita; allí una saladisima actriz se rasca la panza dando á entender no sé que falta de aseco...

Y en tanto, oponemos el veto al *Castigo sin venganza* porque allí hay un adulterio trágico y no cómico. Si fuera cómico; si se tomara á broma, se toleraría, como se toleran cosas semejantes en el mundo.

También nos repugna y aburre bastante *La venta*, que viene á romper moldes, con una riqueza de diccionario que nos ofende

¿nosotros, que lo más importante lo decimos por medio del tacto.

¡Pobre y mal aconsejado, Quévedo! si no tienes el don; si no conoces el mecanismo de la escena, quién te mete á estrenar? ¿No aprendiste nada con el ejemplo de Molière, que estrenó también y no le silbaron por consideración á la embajada francesa?

A Calderón se le desprecia, pero éste ya está hecho á las armas. Ya sabe lo que son morenos de corbata blanca.

Semíramis, que por cierto tiene en María Guerrero hermosísima expresión artística, recita en vano versos sublimes de D. Pedro y de D. José... Se la oye como quien oye llover, y si llueve no se la oye.

¿No hay en Madrid algunos centenares de personas de buen gusto, entre vecinos y forasteros, que quieran oír tan castizo y elocuente castellano en boca de tan primorosa actriz? Los académicos de la lengua, por lo menos, debieran tener obligación de ir á relatar al teatro Español.

Mucho mejor que decir misas por tan antiguos difuntos como son nuestros ilustres clásicos, sería que la Academia fuera á presenciar las representaciones del teatro de Lope, Calderón y Tirso.

Pero ¡ay! estos sabios son así. Les gusta una comedia antigua, comida de los ratones, arrugada, cubierta de polvo, y que sólo pueden leer mediante reactivos y con fotografías auxiliares... Y cuando esa comedia se representa en escena digna de ella, por artistas verdaderos... ¡bah! la desdeñan; porque lo clásico sin polvo es una vulgaridad.

Si Semíramis fuera un palimpsesto, ¡magnífico!

Pero siendo María Guerrero, ¡no merece que Catalina la real

Clarín.

Miniatura.

No tengas cellos de nadie, morena,
que más que por guspa te quiero por buena,
y amor que en tan firme cimiento se basa
te dará sus eclipses, mas nunca se pasa...
Es cierto que á ratos atrae la hermosura,
que excita pasiones fugaces, ligeras,
brindando placeres; pero eso... ¡si vieras
lo poco que dura!

El seno turgente, la tez de alabastro,
los ojos que lanzan miradas de fuego
fascinan, marean, distraen... pero luego,
calmadas las ansias, no dejan ni rastro,
y en cambio, las grandes bellezas del alma
se adoran por siempre, se gozan con calma...
¡No dudes! no flores, no pienses con pena
que habré de olvidarte... ¡Te quiero por buena!

Sinesio Delgado.

¡Marranós!

Esto no es alusión á personalidades políticas ni literarias determinadas.

Es un recuerdo más de las víctimas, de la gente gorda sacrificada en estos días de Noviembre á la voracidad del hombre.

Del hombre que, por más que se adjudique el título de «Rey de la creación», es el mayor enemigo de lo creado y de lo criado.

Esas matanzas lo demuestran.

No contentos con matar ganado vacuno, y ganado lanar, y ganado de cerda y de pluma—sin contar á los poetas *hiryubes*, que dice D. Isidoro Rivero,—se matan unos á otros.

La matanza de cochinos revela tanta crueldad como cochinería.

Desde los respetables y seculares «cerdos del Líbano», hasta los guarros de nuestros días, la historia de esos seres puede calificarse como una serie de sacrificios no interrumpida.

Los hombres abusan de la superioridad de medios y los cerdos pagan con pernils y lomo fresco la crueldad de sus verdugos.

¡Cuánta sociedad en el trato!

¡Asquerosas pocilgas, repugnantes manjares, temores y sobresaltos!...

¡Qué refinamiento de perversidad en el crimen!

¡Cómo celebran grandes y chicos la muerte de los infelices puercos!

¡Y aun el hombre, para injuriar á otro hombre, le moteja de marrano!

¡Qué más quisieran unos y otros que asemejarse al noble animal.

Un muchacho que entiende el cerdo y escribe porquerías para los teatros, me asegura que la lengua de cochino es muy dulce, que parece un dialecto italiano con algunos mugidos ingleses.

En los pueblecillos celebran la hecatombe con festejos alusivos.

Dueños, parientes, amigos y convecinos asisten al acto de la degollación, como á la clínica.

Observan escrupulosamente las manifestaciones de dolor y la agonía de la víctima y elogian las prendas interiores y exteriores del «ya difunto».

¡Cuántas manipulaciones repugnantes!

¡Cuántas morcillas!

Parecen todos los manipuladores artistas cómico-líricos.

¡Cuántas crueldades! ¡Cuánto ensañamiento!

De seguro no le darían una oreja á un matador de toros.

—¡Infames!—así protestaba un señor casi redondo.—¡Si ellos hubieran sido cerdos!...

Se ve que la exclamación está incompleta.

Debería concluir así:

—Como yo.

En las poblaciones grandes, y particularmente en Madrid, los carniceros y salchicheros más importantes exponen al público ilustrado, en las puertas de los establecimientos, los cortes de cerdo y los ternos de marrano para invierno.

Y los transeúntes miran con buenos ojos aquellas instalaciones, y algunos no pueden contener las manifestaciones de su asombro y de su admiración artística:

—¡Cuánto lujo!

—¡Qué hermosa ha puesto Fulano la carnicería!

—¡Qué escaparate el de la salchichería de Zutano!

Así decía un estudiante de pupillaje económico á su patrona;

—Doña Cándida, ya sé cómo son los cerdos que ha de usar la gente este invierno.

Eduardo de Palacio.

S. M. el Retruécano.

¡Ved cuán alegre y ufano
su abigarrada ropilla
luce ese bafón liviano!
¿Que quién es? ¡Es la polilla
del idioma castellano!
¡El Retruécano! ¡Mirad
con cuánta solemnidad
se esponja y se contonza!
¡Ya el vulgo le victorea!
¡Dios guarde á Su Majestad!
Pregonando sus primores,
uncidos lleva á su carro
adeptos y admiradores
que van esparciendo flores
ante un ídolo de barro.
Y no faltan majagranzas
que al cantar sus alabanzas
prestau su ingenio al abuso,
y por él rompiendo lanzas,
en vez de piuma, usan *húms*.

¡Retorcer sin compasión
la palabra! ¡Qué invención!
¡Qué cosa tan excelente
hacer hablar á la gente
siempre con tirabuzón!
Escriben con *herbiqui*
y, en su afán por desbarrar,
hacen *frases* porque sí.
¡Dónde íbamos á parar
si la gente hablase así!
¡Retruécanos maleantes
que atropelláis á porfía
sintaxis y ortografía,
como os leyerá Cervantes,
¡qué vergüenza le daría!
¡Que la gracia les alaben!
¡Sigán, y del arte en mengua
el patrio idioma socaven
esos niños, que no saben
más que jugar con la lengua!

E. Navarro González.

De buena familia

Augusto Campanillas fué, entre todos mis condiscipulos, el más respetado por los profesores y el que mejores notas obtuvo, según pude observar en las varias asignaturas que cursamos juntos.

Era un muchachote colorado y fornido, atildado en el vestir y de inexpressivo semblante; parecía uno de esos manicuques que están á las puertas de las sastrerías. Respecto á suficiencia intelectual le faltaban más de mil, sin que tuviera, en cambio, la vivacidad y travesura que algunas veces seducen á un concurso de bobos. En cuanto á su cultura, decía *haiga* y *repuznante*.

—Vamos á ver—le preguntaba afablemente el profesor,—¿podría usted explicarnos las evoluciones de la literatura griega?

Campanillas se ponía de pie, atusaba con esmero su bigote, se arreglaba el nudo de la corbata y permanecía silencioso, con la boca entreabierta, y mirando estúpidamente al profesor. Este repetía la pregunta dos ó tres veces, en tono bondadoso, hasta que Augusto rompió á hablar.

—La literatura griega, en sus comienzos...

—Muy bien,—interrumpía el profesor,—continúe usted.

—La literatura griega, en sus comienzos...

Lo general era que el discípulo no saliera de sus comienzos, y en tonces el profesor, sin alterar el tono melifno y servil, le decía:

—Mañana continuaré preguntándole, porque usted es de los que salen, pero se conoce que hoy no ha tenido tiempo de repasar. De todos modos, hay que convenir en que domina usted el tema.

Lo admirable era que, repitiéndose esta escena durante el curso en todas las asignaturas, llegaban los exámenes, y Campanillas obtenía sobresaliente, á notable cuando menos.

—¡Demonio!—solía exclamar alguno de los suspensos más estultos.—¿Pues no ha ganado sin saber una palabra?

—¡Tomat!—le decían.—¿No ves que es de buena familia?

Los últimos descubrimientos.



—Parece mentira que hayas tenido la poca lacha de dejar plantao á este cura; y ¿por quién, vamos á ver? ¡Por uno que pide limosna tocando la guitarra!

—Pero, hijo, ¡si tié dos cortijos en Andalucía!

—¿Y qué?

—Que por eso ha ganado.

—Pero, oye—replicaba el suspenso, cerrando los puños,—¿tú crees que mi familia es mala?

Lo cierto es que Augustito adelantaba en sus estudios que era un primor, y á los veintidós años ostentaba su título de licenciado, y el de doctor un año después, con un expediente universitario de los más brillantes que se han conocido.

Terminados los estudios, perdimos de vista á nuestro elegante y bien emparentado condiscípulo, con el cual jamás tuvimos amistad ni confianza, y si tan sólo las relaciones inevitables entre compañeros de clase; porque su seriedad impertinente, su absoluta carencia de ingenio y, sobre todo, cierta enfática altanería nos le hicieron antipático desde el primer momento.

Creía yo que á Augusto Campanillas no había de servirle para nada un título tan vergonzosamente adquirido, y sospechaba que á lo sumo le valdría para satisfacer la vanidad de su parentela y colocarse con tres mil pesetejas en la administración pública. ¡Cuál no sería mi asombro al leer, dos años más tarde, que iba á proveerse por oposición una cátedra, y entre los opositores se hallaba (aquí copio el texto del periódico) «el ilustrado y distinguido joven Sr. Campanillas, gloriosa esperanza de nuestra patria!»

Se me cayó el periódico de las manos, y confieso que sentí indignación. Aquello era una burla grosera con la cual se pretendía mortificar al pobre Augusto; y aunque no éramos amigos, como ya he dicho, una impulsiva benevolencia hacia los pobres de espíritu me hacía deplorar aquella *tomadura de pelo*.

Pronto pude convencerme de que la burla no era para Campanillas, sino para nosotros. Campanillas hizo oposición, y fué propuesto en terna y elegido por el ministro, que así lo acordó, sin protesta del claustro universitario.

—¡Corpo di Baco!—exclamé, utilizando el idioma del Dante, ya que nos trataban como á italianos.—Pero ¿esto es posible?

Y bramando de ira fui á ver á uno de los más respetables individuos de aquel tribunal.

—¿Qué quería usted que hiciésemos?—me dijo.—Teníamos necesidad de incluirle en terna. La vida social trae compromisos ineludibles y no hay otro remedio que adaptarse. Se trata de un mu-

chacho de *muy buena familia* y muy juicioso además. No digo que sea una lumbrera, pero... vamos, que no es tan torpe; y cuando él se suelte...

Nunca llegó á soltarse; seguía diciendo *repugnante* y *haiga*, lo mismo que antes; pero al poco tiempo supe que había salido diputado á Cortes por Villaimbécil, su pueblo natal.

Y Augusto Campanillas tomó asiento en los escaños del Congreso y recibió caramelos del presidente, y los hombres del gobierno le daban golpecitos en el hombro.

Como se atendían sus recomendaciones, llegó á tener él su grupo, y sin abrir la boca en el Parlamento, se hizo un importante político solicitado por los del partido y temido por los adversarios.

Villaimbécil, enorgullecida con su representante, le recibía siempre con cohetes y músicas, se echaban á vuelo las campanas, y el gran Augusto era festejado y enaltecido por todo el vecindario.

Hace poco tiempo, Campanillas, que no ha cesado de sonar un instante, fué nombrado director general y gran cruz, y sus paisanos solemnizaron tan faustos sucesos erigiéndole una estatua natural, como ellos dicen, de piedra berroqueña.

—Pero ¿has visto?—me decía un amigo, hombre de talento, que estudió con nosotros y hoy es cobrador de un tranvía.—¿Has visto cómo sube ese Campanillas? ¡Quién iba á figurarse!...

—Pues ahí tienes—le contesté—lo que vale ser de *buena familia*. Porque ya sabrás que Augusto es sobrino del acandalado banquero Campanillas... ¡El del empréstito famoso! Uno de nuestros primeros...

—Sí, uno de nuestros primeros... ladrones.

Luis González Gil.

★

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. O.—La noticia que sirve de base á la composición ha resultado falsa, y ya han rectificado todos los periódicos. De modo que huelgan los comentarios.

El tío Galepín.—Dice usted:

«Hace infinidad de siglos
que Dios poderoso y bueno
hizo el mundo, y lo legó
á todo el humano sexo.»

Y, como usted comprende, eso no está bien. [Por lo del humano sexo especialmente.]

Sr. D. L. M.—Son vulgares casi todos. Además, se le escapan á usted algunos versos cojos. Por ejemplo, el que dice: «desde que ella está ausente», que no es octosílabo precisamente.

Plutón.—El primero es tan oscuro que... vamos, no se entiende. El segundo es de una inocencia abrumadora.

Sr. D. P. M. C.—Me ha gustado mucho tu carta.

Felú.—El caso es que las tres cosas son muy medianas. Hay que tener cuidado con la medida de los versos.

Ordoño I.—La noticia es cierta. Los cantares no están mal, pero los asuntos carecen de novedad y además no son humorísticos.

Minotauro.—Lo malo que tiene es que el cuentecillo es muy viejo, y creo que se lo sabe de memoria todo el mundo. Es raro el almanaque de pared en que no ha figurado una vez siquiera.

Lonia.—Aunque ya se ha marchado la Otero y pasó la racha de retratos suyos en distintas posturas, voy á complacer á usted publicando la composición íntegra:

QUÉ CAROLINA OTERO

¡Oh ilustre Carolina
como tú ya no hay otra,
no sabe España lo que tiene

contigo, solemne mora.
Eres simpática, bella,
bonita elegante guapetona,
sincera, incólume fresca
y no sé cuantas más cosas.
Sigue... sigue por tu senda
verás cual bien que te va
y así el español dirá
vaya con Dios la gran prenda.»

¡Esos son unos piropos bien echados, y unos consejos bien dados, y el que venga atrás que arree!

Cual.—No es malo el soneto. La idea que le informa es la que se ha hecho vulgar y... un poquito cursi.

Frist.—¡Dichosos los que tienen
gana de broma
y son más candorosos
que una paloma!

El alguacil de Grijota.—Digo á usted lo mismo que al señor de Cual un poquito más arriba.

Kamelo Koff.—Dispense usted, pero como yo había oído hablar de los pescadores de perlas, creí que también se pescaban los ostiones... Y desde ahora en adelante, para que usted no lo tome á mal, ya no me meteré con las faltas de ortografía. Y hasta estoy dispuesto á llamar genio al que diga *haiga*...

Sr. D. R. L. H.—Nada tengo que decir de la forma. Lo que no me gusta es el asunto.

Sr. D. M. G. V.—La única que tiene alguna novedad, que es la segunda, no es de la índole de este periódico.

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS

SAGUIDORES DE JUNCO Y DE ORILLO

HULES PARA MESAS Y VASARES

Completo surtido y precios ventajosos.

BRILLO PARA PAVIMENTOS

EL MEJOR Y EL MÁS BARATO

BURLETE

A DIEZ CÉNTIMOS METRO

HUOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.180.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.